

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 05 de Junio

X Domingo del Tiempo Ordinario

1 Reyes 17, 17-24
Salmo 29
Gálatas 1, 11-19
Lucas 7, 11-17

«Tu hijo vive»

El viernes pasado celebramos la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, una ocasión especial para exaltar el amor de Jesucristo a toda la humanidad. Esta es una devoción que hace parte de nuestra historia, pues unos meses antes de terminar la guerra de los mil días, Colombia fue uno de los primeros países en ser consagrado a este amor incondicional. Aunque ya no se renueva anualmente esta consagración, como se hizo hasta hace unos años, bien vale la pena reflexionar sobre lo que nos propone la liturgia en este décimo domingo del tiempo ordinario desde lo que significa el amor de Jesús por todas las personas.

Lucas narra cómo Jesús se compadece de una mujer viuda cuyo único hijo acaba de morir. Las primeras palabras del Señor, dirigidas a esta mujer, son palabras de consuelo: «¡No llores!». El evangelista relata enseguida cómo Jesús da una orden e inmediatamente la vida retorna al muchacho, quien es devuelto a su madre. El joven muerto no solo vuelve a la vida, vuelve también al seno de su madre para darle consuelo. Las palabras de Jesús se convierten en obras, sus palabras de consuelo son seguidas por una acción efectiva que pone fin al llanto de la madre. Esta narración exalta el infinito poder del amor misericordioso de Jesús para poner fin al dolor que la muerte trae consigo.

Como Elías en Sarepta, Jesús alivia con el dolor de una madre cuyo único hijo le ha sido arrebatado por la muerte. Elías puede decir al final «Tu hijo vive», pero antes debe pedir a Dios tres veces para que la vida sea devuelta; en cambio, Jesús da una orden directa y es él mismo quien devuelve la vida al joven de Naím. Esta diferencia entre las dos narraciones no se debe pasar por alto, pues el evangelista ha querido contrastar las dos historias para mostrar la efectividad del amor de Jesús.

El dolor de estas mujeres hace pensar en la situación de tantas madres y esposas que han perdido a sus seres amados, muchas veces por causa de la guerra. Además de una gran pobreza, enormes deudas, y la posterior separación de Panamá, se calcula que en tres años la guerra de los mil días dejó unos cien mil muertos, cuando Colombia tenía apenas cuatro millones de habitantes. Esto hace evidente la crueldad de ese conflicto y el papel que debieron jugar las mujeres en la reconstrucción de un país cuya industria e infraestructura habían sido destruidas por el poder de la guerra.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Nuestro último conflicto armado lleva ya más de cincuenta años y ha dejado el doble de asesinatos que la guerra de los mil días. En el informe “*Basta ya*”, del Centro Nacional de Memoria Histórica, aparece el testimonio de una madre que dice: “Desde la desaparición de mi hijo mi vida cambió totalmente, porque día tras día lo añoro, todos los días lo espero y con la zozobra de que mi hijo todavía esté vivo y de que en cualquier momento aparezca. A veces me levanto tarde en la noche al baño y me asomo por la ventana con la ilusión de verlo venir”¹.

Con ironía muchas veces decimos, cuando pasan cosas raras o impensables, que esto solo pasa en el país del Sagrado Corazón, pues no tiene mucho sentido que los creyentes hayamos consagrado la nación al poder del amor de Jesús sin haber hecho que este amor fluya a través de la vida nacional.

En su carta a los gálatas, Pablo reconoce la crueldad con que persiguió a los primeros cristianos devastando la iglesia naciente, pero también narra cómo fue llamado a la vida por el poder del amor de Dios. Los seres humanos no tenemos poder sobre la muerte como hecho cierto al final de nuestras vidas, pero Pablo explica cómo el evangelio anunciado por él no es de orden humano. El evangelio anunciado por Pablo es Jesús mismo, cuyo amor sobrepasa la fuerza de la muerte. El amor de Jesús por la humanidad sobrepasa todas las limitaciones humanas y por eso el Señor es presentado en Naím como el gran profeta capaz de devolver la vida.

Tantos hijos asesinados en la guerra no podrán volver a la vida, no podrán volver al seno de sus madres, pero nosotros hemos sido llamados en el evangelio a transformar esta realidad de muerte. Como Pablo, hemos sido escogidos desde el seno de nuestras madres, por eso debemos cambiar nuestras vidas y la vida de la nación para revelar el amor incondicional de Jesús hacia todas las personas. Hemos sido llamados para traer consuelo a un mundo lleno de dolor, pero solo si ponemos fin a esta guerra muchas madres podrán escuchar las consoladoras palabras del profeta en Sarepta: «Tu hijo vive».

¹ Grupo de Memoria Histórica. *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Informe General*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica. Imprenta Nacional, 2013, p. 290.

